

A propósito de una palabra latina: cómo conocieron los romanos la noción de *humanidad* (II)

Gaston Boissier

Recibido 18/09/2023

Texto traducido del francés por Francisco Rodríguez Menéndez

Resumen

En la segunda parte de su trabajo, Boissier trata en profundidad el carácter y constitución del círculo de los Escipiones y su modulación de la *humanitas* al compás de sus relaciones con el helenismo. Si bien primero se detiene en deslindar las herencias y distancias entre el teatro de Terencio y el de Plauto y su tratamiento de la intimidad romana. Abordará a continuación el problema del cosmopolitismo de filiación helénica y su relación con el patriotismo romano de la mano de Cicerón para terminar con una reflexión presentista que dice tanto de la Roma clásica como de la visión que Boissier tenía de su presente.

Palabras clave: *humanitas*, círculo de los Escipiones, Cicerón, *De republica*, cosmopolitismo, *patria*.

Abstract

About a Latin word:
how the Romans learned about the notion of *humanity* (II)

In the second part of his work, Boissier deals in depth with the character and constitution of the circle of the Scipios and their modulation of *humanitas* in keeping with their relations with Hellenism. Although first he stops to demarcate the inheritances and distances between the theater of Terence and that of Plautus and their treatment of Roman intimacy. He will then address the problem of cosmopolitanism of Hellenic affiliation and its relationship with Roman patriotism at the hands of Cicero to end with a presentist reflection that says as much about classical Rome as it does about the vision that Boissier had of its present.

Key words: *Humanitas*, Scipionic Circle, Cicero, *De republica*, Cosmopolitanism, Homeland.

A propósito de una palabra latina¹: cómo conocieron los romanos la noción de *humanidad* (II)

Gaston Boissier²

Recibido 18/09/2023

Texto traducido del francés por Francisco Rodríguez Menéndez

II.

No se había perdido entre los romanos el recuerdo del círculo de Escipión Emiliano, pero no se ha hablado lo suficiente de él. Aparte de que generalmente la historia gusta de mantenerse en las alturas y no le agrada bajarse de ahí, entre los pueblos antiguos la vida exterior tenía tanta importancia que sólo se han ocupado de lo que pasaba en la plaza pública. Así pues, no nos es fácil, después de tantos siglos, entrar a una casa privada. Sin embargo, debemos intentarlo y, con las pocas noticias que nos quedan, hacernos una idea de lo que podía suceder dentro e intentar conocer a las que personas que allí se reunían.

Nos encontramos, en primer lugar, con dos autores que se cuentan entre los más ilustres de Roma, Terencio y Lucilio. Las sátiras de Lucilio se han perdido casi completamente, y por un lamentable azar, en los fragmentos conservados, hay pocas referencias a Escipión y sus amigos, a pesar de que los trató mucho. Con Terencio, hemos tenido más suerte. Sabemos que estaba vinculado a ellos desde el principio de su carrera y podemos pensar que intervinieron en su favor con motivo de la representación de *La Andria*, su primera comedia. La historia es curiosa y, aunque muy conocida, al ser la primera mención que nos ha quedado de ellos, conviene recordarla.

¹ Véase la *Revista* del 15 de diciembre. *N. del Ed.*: en nuestro caso véase artículo anterior.

² *N. del Trad.*: el texto original apareció como: Gaston Boissier, « Á propos d'un mot latin: comment les romains ont connu *L'Humanité* », en *Revue des Deux Mondes*, LXXVII^e année, cinquième période, t. 37^e. Paris, Bureau du *Revue des Deux Mondes*, janvier 1907, pp. 82-116, <<https://www.revuedesdeuxmondes.fr/article-revue/ii-comment-les-romains-ont-connu-lhumanite/>>, [18/08/2023].

§ I. Los inicios de Terencio

En Roma, como en Grecia, las representaciones teatrales tenían una gran solemnidad. Atañían, a un tiempo, a la religión y la política y, como no tenían lugar más que cinco o seis veces al año, eran esperadas con gran interés. Daban lugar a certámenes apasionados y enfrentaban, primero, a las diversas compañías de cómicos que se disputaban el honor y el beneficio de ser elegidas para dar las representaciones en Roma y, dentro de cada compañía, a los diferentes actores que recibían recompensas particulares, según el éxito que hubieran obtenido. Pero la pugna era intensa, principalmente, entre los autores de las obras, para quienes las ocasiones de darse a conocer eran escasas y era muy importante aprovecharlas, ya que entonces sólo el teatro podía proporcionar a los escritores un medio de vida. Si tenemos que creer al autor desconocido del prólogo de *Casina*, Plauto, que había sido en su momento el dueño de la escena cómica en Roma, fue difícil de reemplazar. Su sucesor más famoso, Cecilio, sólo obtuvo éxitos intermitentes. Después de que su edad lo alejó del teatro, el primer lugar parecía corresponder a Lusio Lanuvino o Lanuvio, que parecía muy decidido a no dejar que se lo arrebataran.

En el mes de abril del año 166 a. C. se iban a celebrar los juegos de la Gran Diosa (*Ludi megalenses*). Se extendió el rumor de que iba a ser representada una obra de un joven desconocido, que se había revelado de pronto como autor, sin que se hubiera oído hablar de él antes. Se decía que era de origen africano, nacido en Cartago, que el senador Terencio Lucano lo había comprado en un mercado de esclavos y que, al verlo inteligente y de aspecto agradable, lo había liberado y le había dado instrucción. En ese momento el joven tenía un trato cercano con Escipión y sus amigos y, probablemente a petición suya, había escrito la comedia que se iba a representar.

Para comprender cómo pudo hacer que se representara, no resultará ocioso conocer cómo sucedían las cosas en esta época. Terencio nos lo da a conocer en sus prólogos. Los juegos eran ofrecidos normalmente bien por el edil que estaba encargado de ello, bien por algún magistrado que quería agradecer al pueblo su elección. Mientras se tratara de carreras de caballos o de carros, o de algunos animales exóticos que se querían mostrar al público, el edil podía decidir por sí mismo; sin embargo, era poco competente para juzgar el mérito de una obra de teatro. Por eso recurría generalmente

a un director de compañía teatral, que estaba familiarizado con esta clase de obras. Le daba libertad para elegir la obra a su gusto, para acordar el precio que había que pagar y le proporcionaba el dinero por adelantado; pero con la condición de que la obra tuviera éxito y, si el público no quedaba contento, el director tenía que devolver la cantidad recibida. Así pues, estaba obligado a ser prudente en la elección que debía hacer, sobre todo si la obra era de un debutante o de alguien que no era uno de los proveedores habituales del teatro. Cuando Terencio presentó *La Andria*, a pesar de que estuviera, sin duda, respaldado por poderosos protectores, el director tomó sus precauciones; quiso oír la opinión del viejo Cecilio, que vivía ya retirado, y sólo después de que él, hombre de buen gusto, diera su aprobación, se decidió a ponerla en escena.

Se tuvo conocimiento de esta circunstancia. Y aunque entonces no hubiera periódicos para desvelar el argumento de las comedias cuya representación se estaba ensayando, alguna cosa trascendió. Se podía tirar de la lengua a los actores, cuya discreción, sin duda, no era infalible. De hecho, había la víspera del estreno de la obra un representación de prueba o, como se diría hoy, un ensayo general al que asistía el magistrado; los autores de dramas o comedias encontraban la forma de colarse y, como lógicamente estaban mal predispuestos hacia aquél cuya obra había sido preferida, no siempre sabían disimularlo y a veces se producían situaciones escandalosas. En cualquier caso, se enteraban del argumento de la obra que se iba a representar, podían criticarla a placer y poner en contra a la opinión pública. Esto es lo que sucedió con *La Andria*. Fue atacada de antemano con tanto encarnizamiento por Lavinio que Terencio se creyó en la obligación de defenderla en su prólogo. A pesar de la chillería del *vieux poète malintentionné*³, la obra tuvo una favorable acogida por parte de los espectadores y, como se ha conservado, podemos preguntarnos si tuvieron motivos para aplaudirla.

Parece, en un principio, en su conjunto no alejarse mucho de las de Plauto. La intriga es aproximadamente la misma y llevada casi de la misma manera, con trucos escénicos algo ingenuos y recursos convencionales que nos hacen sonreír. Sin embargo, desde su inicio, se hacen visibles las diferencias. Advertimos que el padre se ha vuelto más apacible, más humano, más tierno; le cuesta mucho enfadarse con su hijo y hallar un

³ *Malevolus vetus poeta*. La traducción es de Racine; se aplica este epíteto malévolo a Corneille quien había hablado mal del *Británico* en la primera representación de esta obra.

pretexto para regañarlo. El hijo, desde luego, no accede de buen grado a todo lo que quiere su padre, pero lo respeta, no desea disgustarlo y siente temor de su cólera. Es una visión algo novedosa de la familia, una manera de caracterizarla con trazos menos ásperos que los de Plauto. Llamo la atención también sobre que, en un segundo plano, detrás de los personajes habituales de la Comedia Antigua, Terencio muestra otros de los que sus predecesores se sirvieron poco. Los jóvenes, en las comedias de Plauto, sólo sienten amor por las meretrices. Terminarán casándose con una joven libre, pero sólo para complacer a sus padres, sin ninguna preocupación por elegirla ellos mismos y con una absoluta indiferencia hacia ella. Uno de ellos, a quien su padre propone la hija de uno de sus amigos, responde tranquilamente «Esta u otra, como quieras, *aliam si vis*». *La Andria* trata de una joven libre que es amada por uno de los personajes de la obra. Lo cierto es que sólo es mostrada de lejos y el autor no la saca a escena. Ahora bien, la pasión con la que el joven enamorado habla de ella nos prueba que ha podido acercarse a ella y conocerla. Es como un novela corta que podemos imaginar y una ventana nueva abierta a la intimidad de la vida familiar. Los espectadores no estaban acostumbrados a entrar con tanta familiaridad en el interior de un hogar y debieron quedarse un poco extrañados⁴.

Lo que podía sorprenderles todavía más era la manera en que la comedia estaba escrita. La lengua de Plauto, admirable en su estilo, tiene sobre todo cualidades populares como ingenio en las réplicas, un buen humor que arrastra, largos desarrollos, abundancia verbal, animación, viveza. En la lengua de Terencio encontramos un aire más aristocrático, la finura, la elegancia, la distinción, la buena educación, el tono delicado de un hombre de mundo. Por no parecer que estas fueran cualidades naturales en un extranjero, en un antiguo esclavo, a los enemigos del escritor debió surgirles enseguida la sospecha de que él no era el autor de sus obras; y como se sabía que era bien acogido en el círculo de Escipión, se supuso que se dejaba ayudar por sus nobles amigos o incluso que les prestaba su nombre. La suposición pareció tan verosímil y encontró tanto crédito que Terencio se creyó en la obligación de referirse dos veces a ello. En el prólogo del *Heautotimorúmenos* (*El que se castiga a sí*

⁴ Notemos que el confidente al que el viejo Simón comunica sus preocupaciones es un liberto y no un esclavo como en Plauto. Esto suponía un nuevo acercamiento a la familia romana donde sabemos que el liberto ocupaba un lugar notable.

mismo), después de haber recordado los rumores que corrían, se contenta con responder «Que se piense lo que se quiera» lo que no es una respuesta. Es un poco más explícito, pero no mucho más claro, en *Los adelfos*: «Se cree, dice, que se le lanza una grave injuria con esta suposiciones; por el contrario, se considera muy honrado de complacer a personas que gustan a todo el pueblo romano». Este tono impreciso, embarazoso, ha extrañado a todos los críticos, de modo tal que muchos han sacado la conclusión de que los enemigos de Terencio tenían razón y que él mismo lo reconoce. A mi entender, considero que lo que les parece una confesión es un desmentido tan formal como le era posible hacerlo. Si la acusación era fundada, el único medio que tenía Terencio de soslayar el tema era no decir nada. ¿De qué le servía dar relevancia a un reproche que no podía refutar? Si se refirió a ello, era porque le importaba no dejar que un rumor malévolo se acreditara sin protestar de alguna manera y porque quería reclamar la propiedad de sus obras. Pero entonces, ¿por qué no se refirió a ello de una manera más explícita y categórica? Evidentemente, veía algún inconveniente en ello. ¿Quizá sabía que no molestaba a estos jóvenes que se pudiera creer que tenían algo que ver en la obra de su protegido? Sin duda, se les habría enfadado en el caso de contradecir esa opinión con demasiado énfasis, y les habría parecido desdeñoso que el autor la tomara como un insulto. Es posible también, o más bien muy probable, que el autor leyera sus obras a sus amigos antes de ofrecerlas al público y les pidiera consejo; ¿no era de temer que, protestando con demasiada insistencia por la parte de colaboración que se les atribuía, pareciera insinuar que sus consejos no le habían servido de nada?

De este modo, estos jóvenes no sólo protegían las letras, sino que permitían de grado que se creyera que las cultivaban. No eran ellos quienes se permitirían asimilar el oficio de poeta al de parásito o al de bufón⁵, puesto que no les incomodaba que se sospechara que hacían versos ocasionales. Sus antepasados habrían comprendido con dificultad que un hombre de su linaje se ocupara en estas futilidades, y les habrían recordado el célebre adagio «que un ciudadano debe tener presente a la república incluso en su tiempo libre». Ellos no pensaban que se rebajaban o perdían su tiempo mientras escuchaban a un poeta de entre sus amigos que les leía sus comedias, no tenían escrúpulo alguno en darle consejos cuando los pedía y si algún indiscreto, que quería

⁵ Como hacía Catón que les llamaba simplemente *gorrones*.

aparentar estar bien informado, contaba fuera que alguna vez incluso llegaban a colaborar en la obra teatral, lejos de molestar, se sentían halagados y no deseaban que esto se desmintiera.

Dicha disposición de espíritu que nosotros percibimos en esta juventud, desde la representación de la *Andria*, nos permite comprender los progresos que el helenismo había hecho en tan pocos años. Sigamos con el examen del teatro de Terencio, al menos en sus principales comedias, en aquellas donde se reflejan mejor la influencia de su medio y los consejos de sus amigos. Veremos que tienen mucho que enseñarnos.

§ II. Diferencias entre las comedias de Terencio y Plauto

La *Andria* tuvo éxito. Este triunfo animó a Terencio. Dio un paso al frente en el camino que había iniciado con timidez y escribió *La suegra* (*Hecyra*).

Aquí, lo novedoso es mucho más notable. Nos permite asomarnos verdaderamente al interior de la familia. El decorado no ha cambiado. Seguimos en la calle, pero se habla con tanta frecuencia de lo que sucede dentro de la casa que creemos a veces estar en su interior. Se trata, según la costumbre, de un hijo que es el amante de una cortesana, y de un padre que quiere casarlo con una joven honesta. El hijo es tímido, respetuoso y, tras ofrecer alguna resistencia, se deja convencer y se casa con Filomena; sólo que este matrimonio no es un verdadero matrimonio. El marido no mantiene ninguna relación con su mujer; cada noche abandona el hogar y acude a reunirse con Báquide, su amante. Confía, sin duda, en que Filomena, irritada por esta conducta, pedirá el divorcio y él podrá de nuevo entregarse por entero a su Báquide. Mas sucede lo contrario. Báquide lo recibe a menudo con malos modos: no deja de reprocharle que haya cedido demasiado rápido a los deseos de su padre; él regresa a su casa disgustado por las escenas que esta le ha montado, y allí encuentra Filomena, siempre del mismo humor, que lo acoge sin reproches, aunque sabe bien de dónde viene y oculta a todo el mundo el ultraje del que está siendo víctima. Al final, el joven resulta impresionado por su dulzura y, al cabo de unos meses, la mujer legítima logra conquistar a su marido. Así pues, toda la trama gira en torno a un suceso de la vida privada, lo que era bastante innovador en el teatro. Los personajes no presentan una novedad menor que la intriga. Hay algunos de ellos a los que Terencio parece haber querido presentar

con trazos completamente contrarios a los que se les atribuían habitualmente. Vemos, en particular, a una nuera llena de miramientos y de respeto hacia su suegra, una suegra dispuesta a sacrificarse por su nuera y que consiente, para dejarle la casa libre, en quedarse en el campo con un viejo esposo muy fastidioso; finalmente una meretriz honrada que reconcilia con generosidad a un matrimonio que había trastornado. Era demasiado de una vez; el público quedó completamente desconcertado y abandonó la representación de la *Hecyra* por un espectáculo de gladiadores y funambulistas. Los actores hicieron dos intentos inútiles para hacerlos volver y, sólo a la tercera, la obra pudo ser oída por entero.

Terencio comprendió que había que hacer algunas concesiones a los hábitos del pueblo. Se volvió a acercarse al teatro de Plauto. Una vez, incluso, en *El eunuco*, pareció regresar del todo. *El eunuco* no es una de esas obras que los italianos llaman «*mezzo carattere*», sabia, moderada, como la *Hecyra* donde, en realidad, se sonríe más que se ríe. En ella resplandece la alegría; la animación y la comicidad abundan. Ahora bien, no por acercarse a Plauto, Terencio renunció a ser él mismo. En los personajes que toma prestados de él se manifiesta su originalidad. Tais es la cortesana que ha hecho fortuna; enriquecida gracias a uno de sus amantes, que le ha dejado su herencia, quiere ganarse la consideración social. Por supuesto, ella no renuncia del todo a su antiguo oficio: sabe que la opinión pública no es tan severa como para exigirselo; lo hará sólo con el fin de poder ser aceptada bajo la protección y la confianza (*in clientelam et fidem*) de una familia honorable. Su situación es aproximadamente la de una persona mundana, que, para ser aceptada por la buena sociedad, se granjea relaciones útiles entre la gente bien situada y se dedica a las buenas obras. Ha recogido en su casa a una joven muy bella que sabe que es de condición libre. La protege, cuida de ella, aparta de ella con cuidado a los pretendientes, para entregarla a sus padres honesta y pura, una vez los haya encontrado, y ganarse la estima por esta buena acción. Desgraciadamente, la joven llama la atención de Querea, un efebo de dieciocho años, que está haciendo el servicio militar en el arsenal de Atenas. Entre los enamorados que nos describe el teatro antiguo, Querea tiene un perfil propio; es una especie de un primer ejemplar o ensayo del Chérubin de Beaumarchais. Terencio lo llama «exquisito admirador de la belleza femenina»⁶ y nos dice que tiene ya su propio criterio para ellas.

⁶ *Elegans formarum spectator*. (*El eunuco* III 5).

Entonces estaban de moda las mujeres pálidas, esbeltas, flacas. En el momento en que una madre ateniense se daba cuenta de que su hija ganaba algunos kilos, no la dejaba comer, le hacía hundir los hombros, apretar el pecho, y «temerosa de que se convierta en una atleta, la deja delgada como un junco». Estas cautelas no son del gusto de Querea; él prefiere sobre todo «un color natural, un cuerpo firme, lleno de vida»⁷ y, como encuentra estas cualidades en la pupila de Tais, se enamora perdidamente de ella de golpe. Esto es lo que hizo Terencio, en *El eunuco*, con los personajes de la meretriz y del enamorado. Dio el mismo tratamiento al parásito y al soldado fanfarrón. Hasta aquí se había abstenido de introducir en su teatro a tales personajes, que son estereotipos y no personas, y no ocultaba que no le gustaban nada. Además los alteró cuando consintió en servirse de ellos. El soldado se volvió un poco menos grotesco que el de Plauto y menos exagerado en su jactancia. El parásito no es ya ese glotón únicamente preocupado por correr detrás de una buena cena, que repite las ingeniosidades que se ha aprendido trabajosamente de memoria, que soporta que lo cubran de insultos y le arrojen platos a la cabeza. Es alguien ingenioso que, para vivir a expensas de un necio, lo adula en su presencia pero se burla de él cuando ya no puede ser oído. Estos cambios, que renovaban los antiguos tipos, les conferían más vida al individualizarlos y, al hacer de ellos personas en vez de los personajes que eran, fueron bien acogidos por el público. Este disfrutó tanto con *El eunuco* que quiso verla una segunda vez. La obra se representó como nueva y pagando por ella 8 000 sesteracios, suma que, para una comedia, era un precio considerable en esa época.

Este éxito clamoroso muestra que Terencio podría haberse limitado a seguir a Plauto y podía lograrlo perfectamente. No es pues por incapacidad sino por inclinación por lo que actuó de otra manera. Para distinguirse de quien era el dueño de la escena teatral y cuya imitación parecía imponerse a sus sucesores, hacía falta que existiera una razón concreta. Creo que nos resultará fácil conocer el designio que se proponía en sus obras recordando rápidamente sus temas favoritos, las cuestiones que plantea y el tono con el que son tratados.

En Plauto, la familia es el ámbito en el que se desarrolla la acción; en Terencio, ella es la propia acción. En general, se limita a los sucesos que componen la vida interior y apenas se sale de ahí. Los temas tienen poca diversidad y esto explica que el fondo de

⁷ *Color verus, corpus solidum ac succi plenum.* (*El eunuco* II 3).

las obras antiguas nos parezca carente de variedad. Entre los antiguos, el hogar estaba menos abierto que hoy, la intimidad quedaba más protegida. En ese interior cerrado, donde el extraño apenas penetra, el padre vive con la esposa y los hijos. La acción, pues, se va a concentrar en ellos, pero no de igual manera. Las relaciones entre los dos esposos parecen interesar muy poco a Terencio, que rara vez se ocupa de ellas; son mayores, la boda queda lejos, los sentimientos de los primeros años se han enfriado, se han convertido en una costumbre, algunas veces en una cadena. El viejo es gruñón, la mujer arisca; sus conversaciones acaban fácilmente en discusiones. Se aprecia, sin embargo, que en Terencio, estas discusiones son menos agrias que en Plauto. Hay incluso, en la *Hecyra*, una mujer anciana muy maltratada por su marido, y por casi todo el mundo, que responde a todos los insultos con una dulzura conmovedora. Terencio sólo insiste en las relaciones del padre con sus hijos; todavía es raro que trate de las hijas. La hija no ocupa un lugar importante en la familia antigua. Casi en todas partes es recibida con disgusto. A menudo, sobre todo entre los griegos, es expuesta en el momento de su nacimiento ante la casa, para librarse de ella y que sea llevada por quien sea. Algunas veces incluso la exposición no basta y se recurre a un procedimiento más cruel, pero más seguro, para librarse de ella para siempre. A Terencio, el delicado Terencio, no le repugna esta enormidad. En una de sus obras, un padre, que se reencuentra, después de largo tiempo, con una de sus hijas a la que alguien recogió, y que está muy enfadado con el aumento imprevisto de la familia, reprocha a su mujer, que la había expuesto: «Tenías que haberla matado —le dice— *interemptam oportuit*»⁸. Encontramos aquí una de esas expresiones que producen escalofrío y que nos hacen comprender la insuficiencia de lo que se suele llamar orgullosamente «la moral natural». Terencio, al ocuparse bastante poco de la mujer y de las hijas, se limita pues a las relaciones del padre con los hijos. Este es el tema de la mayoría de sus comedias. En *Los adelfos*, pone en escena a un tío muy indulgente y a un padre muy estricto, encargados de educar a dos hermanos, y muestra los efectos de estas dos educaciones diferentes. Como ambos, el padre y el tío, son extremados en sus principios, no da la razón por completo a ninguno, pero es fácil ver que él está de corazón a favor del buen Mición. Este hombre excelente ha concedido quizá demasiada libertad a su pupilo; ha cerrado los ojos con demasiada complacencia a sus locuras,

⁸ *Heautontimorúmenos* IV 1.

pero ha resuelto el gran problema de la educación, se ha hecho querer. El padre, nos dice Terencio, debe buscar ganarse la confianza de su hijo. «Es necesario que no tengan secretos el uno para con el otro, que se conozcan, que se entiendan». Cremes se queja de haber sido gravemente engañado por el suyo; no sabe qué hacer para evitar en adelante desmanes parecidos. Menedemo le responde con estas hermosas palabras: «Que encuentre en ti de ahora en adelante un padre, *fac te patrem esse sentiat*»⁹ y lo que prueba que el consejo es bueno es que los hijos así educados conservan, a pesar de sus locuras, el afecto por sus padres. En *Los adelfos*, Ctesifonte, a quien su padre ha tratado muy ásperamente, se contenta con enviarlo a dar un paseo bastante fatigoso que corre el riesgo de retenerlo durante algunos días en casa, pero se apresura a añadir «que espera que su salud no se resentirá». He aquí uno de esos hijos que apenas se encuentran en Plauto.

Y es que también la familia se presenta bajo una luz diferente en las obras de Terencio. Ya no aparecen esos padres libertinos que acompañan a sus hijos a los lugares de mala nota; ya no hay esos hijos que desean la muerte de sus padres y que, mientras tanto, no tienen otra preocupación que arruinarlos; en cambio hay matronas menos irascibles; madres más sensibles; meretrices, también, y en gran número, pero con frecuencia llenas de buenos sentimientos, y, al fondo, algunas jóvenes libres que ocupan un lugar cada vez mayor en la trama. Es evidente que Terencio quería ofrecer a su público el modelo de una sociedad distinta, que consideraba preferible; a través de escenas en las que le presentaba personajes menos groseros, costumbres menos groseras, sentimientos más delicados, colaboraba en la transformación de las costumbres públicas. Es muy probable también que, al hacer esto, sintiera la influencia de sus protectores, que tradujera sus ideas y sus opiniones, y pusiera en escena lo que deseaban ver introducirse en la vida; y todo esto es lo que se añade al placer que experimentamos hoy leyendo sus obras. Nos ponen en comunicación muy directa con esa juventud de la que parecía ser su portavoz y en cuya compañía parecía ser muy feliz.

Para terminar de conocer lo concerniente a las relaciones que mantuvo con ella, quedaría por saber cómo era tratado y la posición que ocupaba en este noble círculo. No somos los primeros a los que ha preocupado este tema; ya era discutido en la

⁹ *Ibid.* VI 1.

Antigüedad. Porcio Licino, un gramático de la época de Sila, que había tomado prestada de los alejandrinos la costumbre de hacer crítica literaria en verso, representa a nuestro poeta como alguien complaciente que halaga sus protectores y se siente muy honrado por acudir a cenar a casa de Filo y a la de Lelio. Añade que «mientras escuchaba los elogios engañosos que hacían de él y su oído ávido bebía la palabra divina del Africano, descuidaba sus intereses y terminó cayendo en una miseria tal que no poseía ni siquiera una casa adonde ir a anunciar la noticia de su muerte». Ahora bien, este gramático parece ser un demócrata hosco al que le encantaría hacernos creer que un plebeyo siempre hace mal al fiarse de «la insolencia de los nobles». Suetonio nos dice, por el contrario, que Terencio no era pobre, que poseía una propiedad de 20 yugadas (5 hectáreas) y que su hija se casó con un équite romano. Es muy comprensible que fuera sensible al honor de ser recibido en la intimidad de estos grandes personajes; pero, para que no se sospeche que tuvo necesidad de comprar su aprecio mediante los serviles halagos, se apresura a añadir que ellos no tenían soberbia alguna (*sine superbia*) y lo prueba llamándoles sin cumplidos «sus amigos». Esta expresión no deja de sorprender si tenemos en cuenta que quien habla es un antiguo esclavo y se está refiriendo a un Escipión.

§ III. Los amigos del círculo de Escipión

Es seguro, sin embargo, si tenemos en cuenta los prejuicios antiguos, que la presencia de un liberto en este grupo sólo podía ser una excepción; debía ser escogido en un mundo diferente. Desde luego, Escipión, que tenía un espíritu abierto, no elegía únicamente a sus amigos en función de su fortuna. Sabemos que tenía uno que era pobre y era dueño, como mucho, de una casa en Roma y un pequeño terreno. Tampoco los buscaba todos entre la alta aristocracia de la que él mismo provenía; muchos pertenecían a esa nobleza mediana que dio a Roma tan buenos servidores. Eran jóvenes, más o menos de su edad, que en su mayoría se estaban preparando para desempeñar funciones públicas, siendo ya cuestores o aspirantes a la cuestura. Había entre ellos varios jurisconsultos al ser la jurisprudencia en Roma, un Estado militar, una de las raras profesiones para los letrados. Todos estaban bien educados, eran de maneras distinguidas e instruidos en las letras griegas. Leían mucho e incluso no

desdeñaban la labor literaria. Uno de ellos, Fanio, dejó una obra histórica; otro, Mumio, hermano del que tomó Corinto, dirigía desde Grecia a sus amigos, más de un siglo antes que Horacio, cartas en verso consideradas ocurrentes; Furio Filo, que frecuentaba con asiduidad a los sabios griegos, llegó a ser más tarde en uno de los buenos oradores de esta época. Rutilio Rufo dejó una reputación de gran hombre de bien. Perseguido por el odio de los publicanos por haber defendido, frente a ellos, a los pueblos que pillaban sin piedad, aceptó con coraje un exilio injusto y se negó a regresar a Roma cuando le fue permitido hacerlo. Después de Escipión, el primer lugar correspondía a G. Lelio, al que llamaban «el Sabio». Por una curiosa casualidad: fue el amigo íntimo del segundo Africano al igual que su padre lo había sido del primero. En Roma, estaban siempre juntos; acudían juntos a descansar al campo en las mismas villas. Tenían las mismas opiniones, los mismos gustos, las mismas amistades. La única diferencia que se apreciaba en su carácter es que Lelio era más alegre y Escipión más triste; pero esta diferencia, que habría podido crear entre ellos algún que otro disenso, contribuía a unirlos todavía más. El buen humor de Lelio era contagioso y terminaba por alegrar a su amigo; entonces, como sucede a veces con los melancólicos, que pasan de un extremo a otro cuando se consigue animarlos, ambos llegaban a dar muestras de infantilismo. Un día fueron sorprendidos, antes de cenar, persiguiéndose alrededor de la mesa, para darse con las servilletas.

Entre estos amigos de origen y posición social diversos reinaba la igualdad: Escipión no soportaba que se le diferenciara de los demás. La palabra con la que se designa las relaciones que había entre ellos (*comitas*) significa buenos modales, *savoir vivre* y el goce en el trato. No era una de esas relaciones banales que crean intereses comunes y servicios recíprocos por algún tiempo. Se reunían tan sólo por el placer de estar juntos, y no tenían otra razón para volverse a ver que retomar la conversación interrumpida. Todo parece indicar que esto era algo novedoso que comenzaba entonces en Roma. Los viejos romanos repartían sus días entre la vida pública y la vida familiar; ambas ocupaban todo su tiempo y apenas les quedaba para lo que nosotros llamamos la vida de sociedad, es decir, para las reuniones «intermedias», más amplias que las meramente familiares, pero menos numerosas que las asambleas políticas, y que están a medio camino entre las dos. Evidentemente el grupo que se reunía en torno a Escipión tenía un poco este carácter; y aunque, al estudiarlo, debemos evitar las

equiparaciones que no son más que verdades a medias, no podemos por menos de pensar un poco en nosotros mismos y en nuestra historia, y encontrar que, en algunos aspectos, nos recuerda a nuestros salones de los siglos XVII y XVIII.

Se diferencia, sin embargo, en que las mujeres no tenían en él ninguna presencia, mientras que nuestros salones destacaban, y esta diferencia es fundamental. La presencia de las mujeres da a las reuniones mundanas un carácter especial. Por no hablar del encanto que aportan, tiene una ventaja valiosa: las mantienen en un justo medio entre una libertad excesiva y una seriedad exagerada. El primero de estos defectos no era en absoluto de temer, al proceder los amigos de Escipión, de un medio distinguido: sus hábitos, propios de una vida refinada, les ponían al abrigo de toda grosería en sus conversaciones y en sus maneras. Pero era lícito temer el otro aspecto. Estos jóvenes venían de pasar por escuelas de gramáticos y de filósofos, vivían en la intimidad de los sabios griegos, y podían haber guardado de este trato algunos hábitos pedantescos; el sentido común romano los preservó de ello. Vemos que en vez de hacer ostentación de sus conocimientos, muestran cierto prurito de disimularlos. No quieren ser tomados por sabios profesionales; son simplemente, eso dicen ellos, buenos burgueses sin más pretensiones (*unus e togatis*), que repiten lo que la experiencia de la vida o los ejemplos de sus padres les han enseñado. Echaban en cara a los griegos tener la vanidad de su ciencia, ser apasionados en las discusiones, entablar sin finalidad alguna, ante gentes incapaces de entenderlos, controversias sutiles y sentir predilección por suscitar problemas insolubles e inútiles. Ellos, por el contrario, se circunscribían principalmente a la moral cotidiana; elegían cuestiones que la experiencia de la vida diaria podía resolver y los trataban sin afán dialéctico, sin un aparato de razonamientos «sin más pretensiones, *pingui Minerva*». En una palabra, mientras que los griegos les parecían profesores a quienes costaba mucho abandonar el tono magistral, ellos tenían a gala no ser más que gente de mundo, que charlaban distendidamente con los amigos; y estoy convencido de que esta era la manera habitual de conversar entre ellos, cuando tenían la suerte de poderse reunir.

Apenas tenemos noticias sobre los lugares en donde se reunían habitualmente. Todo lo más podemos intentar imaginarlos a partir de los diálogos de Cicerón. Sabemos que los romanos conservaron durante mucho tiempo la costumbre de no acudir a la ciudad más que para resolver sus asuntos. Cuando no tenían que votar en

el campo de Marte, asistir a las sesiones del Senado, hablar en el Foro o defender a un cliente delante de los tribunales, permanecían en el campo. Tuvo que ser, pues, en sus villas de los alrededores de Roma donde habitualmente se encontraban los amigos de Escipión. Y se reunían allí, sin duda, con motivo de banquetes comunitarios: «es entonces —decía Catón haciendo alusión a la etimología de la palabra *convivium*— cuando se vive verdaderamente juntos». Muy frecuentemente, dependiendo de la estación del año, se paseaban bajo los pórticos, en los bosquecillos a la sombra de grandes árboles, se sentaban cerca de la estatua de algún sabio, en medio de algún prado o paseaban a lo largo de un río —no uno de esos pequeños riachuelos de fantasía con los que los ricos ornaban sus jardines, donde gustaban de crear islas en miniatura y como cascadas que llamaban pomposamente cataratas—, sino un verdadero río, que fluía libremente por la campiña, en plena naturaleza¹⁰. Así hacía Sócrates, al que Platón nos describe en el *Fedro*, siguiendo el curso del Iliso, con los pies descalzos dentro del agua, hasta el momento en el que se sienta, sin más, en su ribera, a la sombra de un plátano, con sus discípulos. Ahora bien, los grandes señores de Roma eran más refinados y se preocupaban de estar cómodos: se hacían traer cojines¹¹, y cuando ya estaban cómodamente instalados, daba comienzo la conversación.

§ IV. Repercusión del círculo de Escipión

Ciertamente nadie guardaba un registro de lo tratado en estos encuentros; sin embargo no se ha perdido del todo. Cicerón afirma tener el recuerdo de uno del que sacó su bella obra *De la República* gracias a Rutilio Rufo, cuando fue a verlo a Esmirna con su hermano y Ático. En otro pasaje afirma que su maestro Escévola, quien le enseñó jurisprudencia, le refirió la conversación habida por Lelio con sus amigos, que se convirtió en el tratado *De la amistad*. Añade, es cierto, que, si bien partió de lo que le

¹⁰ Todos estos detalles están sacados de los prólogos de varios diálogos de Cicerón, sobre todo del segundo libro de *Las leyes*.

¹¹ *Sobre el orador*, I 7. [Cur non imitamur, Crasse, Socratem illum, qui est in Phaedro Platonis? Nam me haec tua platanus admonuit, quae non minus ad opacandum hunc locum patulis est diffusa ramis, quam illa, cuius umbram secutus est Socrates, [...] et quod ille durissimis pedibus fecit, ut se abiceret in herba atque ita [illa], quae philosophi divinitus ferunt esse dicta, loqueretur, id meis pedibus certe concedi est aequius]. Tum Crassum «immo vero commodius etiam»; pulvinosque poposcisse et omnes in eis sedibus, quae erant sub platano, consedisce dicebat.]

contaron, ha tratado el tema a su manera (*meo arbitratu*), y yo estoy convencido de que recurrió a su imaginación en mayor medida que a la reproducción del relato que se le había hecho; era su costumbre. Ahora bien, nada nos obliga a creer que inventara todo. ¿Cómo habrían podido olvidar Escipión y sus amigos las enseñanzas de Polibio respecto de la constitución romana? Ocasiones para recordarlas no faltaban en medio de los desórdenes que la ponían en peligro. Tuvieron que hablar más de una vez para mitigar la tristeza que les causaban los males públicos, ¿y qué habría de extraño en que Rutilio hubiera recordado, en su exilio, una de estas conversaciones que le había impresionado más que otras? Cicerón adornó sin reparos estos recuerdos, que el tiempo había amortiguado, pero no borrado; pero es muy posible que su fantasía trabajara sobre un fondo verdadero. Podemos creer, asimismo, que las lecciones de Panecio no desaparecieron de la memoria de sus discípulos y que estos volvieron más de una vez a los temas que le gustaba tratar. Hemos visto que estos temas se tomaban normalmente de la moral práctica; son temas de todos los tiempos, no se pueden evitar y todas las vicisitudes de la vida los imponen a nuestras reflexiones. Además, en este momento, estaban *de actualidad*, como se dice hoy en día. La curiosidad de los griegos se había dedicado a estudiarlas; habían aportado soluciones novedosas, y esta novedad las había puesto de moda. Por donde quiera que penetraban las letras griegas, es decir, por todo el mundo civilizado, se devoraban las obras de los socráticos donde se trataban los problemas de la vida. Y que no se diga que las cuestiones de este tipo, adecuadas para las escuelas y las conversaciones cultas, no convienen a las conversaciones mundanas. Se discutía en la residencia de Escipión sobre el sumo bien, sobre los conflictos entre el interés y el deber, como se hablaba de la gracia eficaz o suficiente en el hotel de Rambouillet, o en salón de Mme. Goeffrin acerca de las teorías de Montesquieu sobre el régimen constitucional. No veo, pues, razones para no creer a Cicerón, cuando nos dice que ha recuperado en dos de sus diálogos los temas que Escipión y sus amigos trataban en sus conversaciones; y si este testimonio es veraz, si conocemos de una manera más precisa lo que se hacía, lo que se decía en este círculo, se hace más sencillo percatarnos de la influencia que ha ejercido en su rededor.

No habría que creer que reuniones como la de Escipión, por estar compuestas de pocos miembros, que afectaban aislarse y vivir apartados, pasaran inadvertidas. Parece, muy al contrario, que esta actitud que adoptaban atraía las miradas hacia ellas;

cuanto más parecían ocultarse, más se deseaba conocerlas. Aquí, entre nosotros, en el mundo intelectual de París, nadie, en el siglo XVII, desconocía el hotel de Rambouillet o los demás círculos literarios; e incluso, aunque las relaciones fueran entonces más difíciles y escasas entre París y las provincias, su fama se había extendido hasta los confines de Francia. Se ha citado a menudo el pasaje de Chapelle, donde cuenta que se sorprendió no poco, en su viaje, al encontrar en Montpellier a «damas preciosas» que afectaban imitar la artificiosidad y el habla procax de las parisinas; que disertaban sobre el *Alarico* y el *Moisés*, sobre la *Clelia* y el *Ciro* y que le solicitaban novedades «de esos señores de la Academia». En lo que respecta a los salones del siglo XVIII, estos eran conocidos fuera de Francia. Se hablaba de ellos en toda Europa y eran por doquier el modelo en el que intentaba formarse la opinión pública.

Estemos seguros de que el círculo de Escipión tampoco se libró de la curiosidad pública. Desde el momento en que fueron representadas las primeras comedias de Terencio, es decir, desde cuando apenas acababa de nacer, tuvo ya un gran prestigio. Sin duda, ocupaba las conversaciones de los ociosos cuando se reunían en el Foro, cerca de la tribuna rostral o en las basílicas cercanas. Puesto que se hablaba mucho de él, era lógico que se intentara imitarlo; era, ciertamente, una forma de seguir la moda. Se tuvieron que crear reuniones, en las que personas cultas o que querían así ser reputadas, conversaban gustosas acerca de temas de moral y de filosofía. La costumbre se mantuvo hasta la época siguiente, en los buenos días del siglo de Augusto. Horacio que acaba de instalarse en la villa que Mecenas le había regalado, y disfrutaba del placer de estar en su propia casa, nos refiere que acogía a su mesa a algunos campesinos de los alrededores. Nos dice que se acudía allí sin ceremonia, que nadie se creía obligado a seguir las rigurosas normas de la etiqueta que regían entonces las comidas y cuyo código había redactado Varrón, que cada uno hacía lo que quería y decía lo que le parecía. Allí no se repetían, como de ordinario, los chismes del vecindario o las novedades de los teatros, que eran el alimento de las conversaciones romanas y llegaban hasta las afueras; «se habla, sobre todo, de lo que es importante conocer, de lo que sería peligroso ignorar; se busca saber si es la riqueza la que produce la felicidad, o la virtud; sobre qué fundamento descansa la verdadera amistad, cuál es

el principio del sumo bien y cuál su norma»¹² y afirma que estas conversaciones que nos parecen un poco graves para una cena normal, lo hacían feliz como un dios: *o noctes cenaque Deum!* Estas cuestiones son las mismas que trataban los discípulos de Panecio, en torno a la mesa de Escipión. Si formaban parte todavía en los tiempos de Horacio de las conversaciones de sobremesa que le encantaban, pensemos en el interés que debían tener, por su novedad, para gentes más capaces de entenderlas que los honrados propietarios de las casas de labor del Tíbur.

En tiempos de Escipión concluía la iniciación de Roma en las letras y la vida griegas. Puesto que vemos que esta se había completado en el momento en el que Cicerón empieza escribir, y ya desde sus primeras obras, se hace necesario remontarla a un poco antes que él, esto es, a la generación que lo precedió en algunos años. Desde finales del siglo II a. C. Roma ha tomado de la civilización helénica todo lo que conforma su genio y, desde ese momento, se empieza a gestar para ella una gran época literaria.

§ V. La evolución del filohelenismo romano

La tarea, como se puede ver, fue verificándose lentamente. En asimilaciones de tal naturaleza es una de las primeras condiciones para su éxito. Pero había otras, que no eran menos necesarias y que lograron una unión íntima y duradera. Aquí una vez más vamos a encontrar la acción de Escipión y sus amigos.

Para apreciar mejor la manera en la que se condujeron en esta ocasión y rendir homenaje a su sabiduría y a su patriotismo, conviene remontarse algo más en el tiempo. Recordemos que, desde las primeras relaciones que los griegos y los romanos entablaron, no les pudieron pasar inadvertidas las afinidades de su religión y de su lenguaje, y debieron reconocer confusamente que eran de la misma sangre. Ahora bien, no siempre parientes muy próximos son amigos. Al mismo tiempo que veían los parecidos que encontraban entre sí, les chocaban sus diferencias. Estas fueron más acusadas cuando la derrota de Perseo y de Antíoco puso el mundo griego en las manos

¹² Horacio, *Sátiras* II 6. [*Ergo / sermo oritur, non de villis domibusve alienis, / nec male necne Lepos saltet; sed, quod magis ad nos / pertinet et nescire malum est, agitamus, utrumne / divitiis homines an sint virtute beati, / quidve ad amicitias, usus rectumne, trahat nos / et quae sit natura boni summumque quid eius.*].

de Roma. Dicha situación volvió más complicadas y delicadas las relaciones de los dos pueblos, y se hizo patente que había entre ellos, a un mismo tiempo, una gran atracción y ciertas antipatías.

Los sentimientos de los griegos con respecto a los romanos se adivinan fácilmente cuando se les conoce. Su derrota no les había hecho perder la buena opinión que tenían de sí mismos; despreciaban a los romanos a los que veían torpes, espesos, groseros, y les parecían un pueblo inferior, pero no había que hacérselo ver. Eran los amos; eran adulados para conseguir sus favores, se los colmaba de alabanzas engañosas y se les prodigaban muestras del más bajo servilismo. Los griegos sentían, así pues, hacia los romanos un desprecio sincero y afectaban una admiración interesada. Entre los romanos ocurría lo contrario; no podían dejar de admirar a los griegos con la mayor sinceridad: y no sólo los cultos, las gentes de buen gusto, eran unos apasionados de las obras de sus poetas, de sus sabios, de sus artistas, sino que en todas las clases de la sociedad se sentía una atracción hacia ellos por la versatilidad de su espíritu, lo seductor de sus maneras, la habilidad que tenían para adaptarse a todas las circunstancias, de hallar recursos en todas las situaciones y ser diestros en todos los oficios. Una vez se habían introducido en una casa, se hacían enseguida indispensables y ya no era posible prescindir de ellos. Sin embargo, el amo tenía que mantener su dignidad de romano y su actitud de vencedor. Por tanto, tenían cuidado de disimular en su presencia lo que en el fondo sentían. A menudo incluso se burlaban de ellos, les decían verdades descarnadas y parecían despreciarlos. Esto, a ellos, apenas les preocupaba: sabían muy bien que este desprecio no era más que aparente y encubría una auténtica admiración.

De ello se sigue que en realidad el helenismo no encontró en Roma una resistencia muy grande. El propio Catón, que fue su enemigo más acérrimo, se contentó con protestas estrepitosas pero no adoptó medidas eficaces contra él; como le sucedió a menudo en su carrera política, hizo más ruido que otra cosa. No es menos cierto que aquellos que se esforzaban por hacerlo triunfar debían tomar algunas precauciones y encauzar el amor propio nacional. Los filohelenos de los primeros tiempos, con su entusiasmo de neófitos, habían ido demasiado rápido y demasiado lejos. Se había visto al primer Escipión, mientras preparaba su expedición a África, llevar una vida a la griega (*graecari*) en Sicilia, frecuentar los gimnasios, las palestras, aparecer en público

con el mentón rasurado, vestido con un *pallium* y con sandalias en los pies. Los romanos de viejo cuño estaban indignados y Catón no se lo perdonó, incluso después de su victoria.

No había que temer nada parecido con Escipión Emiliano. Aparte de ser moderado por naturaleza y enemigo de las exageraciones, como conocía mejor a los griegos, se dejaba seducir menos por las apariencias de la civilización helénica; sólo quería tomar lo mejor que tenía. Esa susceptibilidad, que muchos romanos mostraban contra ella, se debía, después de todo, a motivos honorables: veía justo que fuera respetada. Él mismo, en muchos aspectos, era un hombre de los antiguos tiempos y se jactaba de ello. Su desempeño de la censura fue casi tan severo como el de Catón y durante ella pronunció un discurso, que era recordado, para exhortar a los ciudadanos el respeto de las costumbres antiguas. No le agradaban los jóvenes que afectaban dejarlas de lado e introducir modas nuevas. Reprochaba a Sulpicio Galo que se perfumara, se depilara cuidadosamente la barba y las cejas, se aseara frente a un espejo, llevara túnicas que, en lugar de dejar los brazos desnudos, llegaban hasta las manos y los cubrían por entero. Hemos conservado el fragmento de uno de sus discursos donde se indigna porque se había abierto en Roma una escuela de baile. Cuenta que, aunque se lo comunicaron, no quería creerlo. Se dejó conducir hasta allí y vio a más de cincuenta chicos y chicas de buena familia, entre otros los hijos de un candidato a cargos públicos, un joven de más de doce años, que tenía en el cuello la bula de oro que llevaban los jóvenes patricios «y bailaba con unas castañuelas una danza tan obscena que ni siquiera un esclavo impúdico se habría atrevido a hacerlo».

Estos sentimientos de romano viejo que Escipión expresa aquí con tanta fuerza, los inspiró sin duda a aquellos que lo rodeaban, y advierto que encontramos algún rastro de ellos en los dos grandes poetas que fueron sus amigos. Incluso Terencio, al que solemos situar entre los partidarios más declarados del helenismo y que, como acabamos de ver, trabajó mucho por difundir el modo de vida griego en Roma, no entendía que se hiciera con exceso de celo. Lo prueba que los primeros enemigos de los que hubo de defenderse le reprochaban que echara a perder las obras de Menandro y que se tomara demasiadas libertades al reproducirlas. No querían que se cambiara nada, cuando eran imitadas. Él, por el contrario, los acusa de ser unos quisquillosos y exquisitos, que llevan demasiado lejos sus escrúpulos literarios y terminan «por no

entender nada a fuerza de hacerse los entendidos». Cuando tiene que elegir defensores, los encuentra, sin dudar, en la vieja tradición romana, y se coloca bajo el patronazgo de Nevio, Plauto y Ennio, y afirma «que prefiere lo que llaman su negligencia a los oscuros escrúpulos de los que lo atacan»¹³. Lucilio es todavía más explícito, y más enérgico. Desde luego, siguió la escuela griega, pero no es un escolar timorato y, sin dejar de admirarla, pretende juzgarla. Su respeto por Homero no le impide bromear, llegado el caso, sobre Helena y Penélope; aunque dedica un libro entero de su obra a problemas de gramática, que discute con seriedad, se burla de los abogados que abusan de las divisiones y de las subdivisiones y cuya única preocupación es distribuir artísticamente las palabras en la frase; se burla de esos petimetres que afectan no hablar más que en griego; y a pesar de su gusto sincero por los filósofos, no duda en reconocer que, cuando hace frío, un buen manto es más útil que un maestro de filosofía. Precisemos que Terencio convivió con el grupo de Escipión cuando este era muy reciente, y que Lucilio sólo lo frecuentó en sus últimos años. Podemos concluir que este grupo conservó durante toda su existencia las mismas opiniones; que, hasta el fin, su devoción por el arte griego estuvo libre de toda superstición; que solo imitó las costumbres extranjeras a condición de no poner en riesgo las tradiciones nacionales; que, en una palabra, aun haciéndose griego en algunos aspectos, en el fondo el grupo permaneció siempre romano. Esta moderación en todo reflejaba el propio espíritu de Escipión. Sus amigos lo sabían bien y, si le siguieron fielmente, era porque estaban seguros de que no los llevaría demasiado lejos.

§ VI. La *humanitas* y el deber del patriotismo

Entre los motivos que los viejos romanos podían tener para desconfiar de las ideas nuevas que les venían de Grecia había uno que les debía aparecer más grave que los demás. Hemos visto que el sentido último de la palabra *humanitas* es el amor al hombre en general, sin distinción de raza ni pueblo, sólo por el hecho de ser hombre. Este sentimiento parece estar, de entrada, en contradicción con el afecto celoso que cada

¹³ *La Andria*, prólogo. [*Qui quom hunc accusant, Naeuium Plautum Ennium / accusant quos hic noster auctores habet, / quorum aemulari exoptat neglegentiam / potius quam istorum obscuram diligentiam / dehinc ut quiescant porro moneo et desinant / male dicere, malefacta ne noscant sua.*].

país reclama de sus hijos y que no admite ser compartido. ¿Cómo hacerlos compatibles, entonces? ¿Hay que sacrificar uno al otro o podemos conservar ambos? El conflicto entre el cosmopolitismo y la patria, que ha adquirido en nuestros días una intensidad particular y amenaza perturbar a las sociedades modernas, se remonta mucho en el tiempo: tiene su origen en ciertas doctrinas de las escuelas filosóficas de Grecia. Sin embargo, los griegos no parecen haberse inquietado por ello. Pues, en realidad, la idea de la patria apenas les preocupaba. Para ellos, esta idea era, ante todo, un producto de su propia vanidad. Al ser Grecia, sin discusión, el país privilegiado de la inteligencia, todo lo que no era griego lo llamaban bárbaro y el menosprecio que sentían por los bárbaros les hacía sentir el orgullo de ser griegos. Pero no parece que se hayan percatado bien de lo que la patria tiene el derecho de exigir de nosotros en la defensa de su honor y de su libertad. A excepción de la gran movilización de las guerras médicas, nunca llegaron a unirse frente al enemigo; y ni siquiera entonces todos se hallaban entre los combatientes de Maratón o Salamina. Su afecto se centraba de grado en torno al pequeño rincón de donde eran originarios. Se ha señalado que las constituciones que imaginaron sus filósofos están diseñadas para países de poca extensión. Son para ciudades escasamente pobladas donde el individuo podría conservar toda su importancia. La ciudad, así pues, es el marco ordinario y, todo lo más, cuando el peligro se volvía acuciante, algunas ciudades llegaron a unirse para formar una liga. La patria, pues, no entra en los cálculos de sus políticos; tampoco parece haber ocupado un lugar en los sueños de los sabios. Cuando quisieron soslayar el concepto estrecho de ciudad, sobrepasaron el de patria, y la filosofía les sugirió la idea de la humanidad. Preguntado Sócrates de qué país era, respondió: «Yo no soy ni ateniense, ni griego. Yo soy ciudadano del mundo».

Esta es una respuesta que un romano no habría dado nunca. Y no hablo de Escipión, quien no se habría imaginado jamás que, bajo ningún pretexto ni por razón alguna, se pudiera repudiar a la patria. Se le dio la orden de destruir Cartago. Quizá la encontraba un poco rigurosa, pues contemplaba cierta noción de humanidad. Cuando el incendio estaba a punto de terminar su obra, pensó en las vicisitudes de la fortuna humana, en lo que podría suceder un día a su país; Polibio, que estaba cerca de él, nos dice que citó con tristeza un verso de Homero y derramó algunas lágrimas; pero la orden fue cumplida y Cartago sucumbió entre las llamas. En Cicerón la cuestión se plantea de

una manera precisa; él se considera, como Sócrates, ciudadano del mundo, pero sobre todo piensa seguir siendo ciudadano de Roma. Sabe lo que debe a su patria, que le pertenecemos por entero, «y que sólo nos está permitido emplear en nuestro beneficio la parte de nosotros que ella no necesita»¹⁴. En otro pasaje expone todavía con mayor claridad su pensamiento. Se sitúa en presencia de diferentes deberes y muestra que hay uno que es más imperativo que los demás y al que deben ser subordinados. En un bello pasaje del tratado de *Las leyes*, se presenta visitando, con su hermano, el pequeño pueblo de Arpino, de donde eran originarios. Siempre lo quiso mucho; allí encontraba con emoción profunda las tradiciones de su linaje, que era antiguo en el país, sus altares domésticos, los recuerdos de sus antepasados. Su padre, cuya mala salud mantenía lejos de los asuntos públicos, había ampliado la casa familiar, pero sin destruir la antigua, donde habían vivido sus padres. Todavía era reconocible y, por su simplicidad, recordaba a aquella de Curio en la región Sabina. Cicerón, que había nacido allí, nunca regresaba sin emocionarse y se le escapa decir, al volverla a ver: «¡Esta es verdaderamente mi patria!», pero al punto recapacita. Piensa que existe otra, que se compone de la reunión de las ciudades particulares, y elevándose por encima del patriotismo local, cosa que un griego nunca logró del todo, proclama que es esta la verdadera patria, la que debe ocupar el primer puesto, «que tenemos que entregarnos a ella por entero, consagrarle todo lo que poseemos y estar dispuestos a morir para defenderla»¹⁵. Ese es el deber y, como no le fija ninguna restricción, debemos concluir que si su opinión es que la patria chica, a pesar de la ternura que siente por ella, debe ceder ante la grande, con mayor razón el afecto que experimentamos por la *humanidad* debe ser sacrificado ante el que nos inspira nuestro país. Las concepciones de su generosa filosofía no le hacen olvidar la realidad de los hechos. No desconoce que tales sentimientos pueden entrar en conflicto entre sí, que hay ocasiones en que esos extranjeros, que queríamos mirar como hermanos, se convierten en enemigos y nos vemos forzados a tomar las armas para combatirlos; cree que no debemos dudar en hacerlo. Pero entonces, ¿de qué sirve haberse proclamado «ciudadano del mundo» y qué provecho podría sacar el mundo de estas bellas teorías? Cicerón entiende que,

¹⁴ *De republica*, I 4. [...sed ut plurimas et maximas nostri animi ingenii consilii partis ipsa sibi ad utilitatem suam pigneraretur, tantumque nobis in nostrum privatum usum quantum ipsi superesse posset remitteret.]

¹⁵ *De legibus*, II 2. [pro qua mori et cui nos totos dedere et in qua nostra omnia ponere et quasi consecrare debemus.].

incluso en este caso extremo, la *humanidad* no pierde sus derechos. Desea, en primer lugar, que nos resistamos a la guerra en tanto sea posible. «Puesto que hay dos maneras de arreglar las diferencias, la discusión pacífica —hoy diríamos el arbitraje— o la violencia; una conviene al hombre y la otra es propia de las bestias feroces, no hay que recurrir a la fuerza sino después de haber agotado los demás medios; y en todo caso, no debe hacerse la guerra sino para obtener una paz equitativa que nos permita vivir honorablemente con tranquilidad» Debemos ser clementes con aquellos que no han sido crueles durante la lucha y hay que perdonarles la vida. En una palabra, hay que estar completamente convencidos de que hay límites para el derecho de vengarse y de castigar: *est ulciscendi et puniendi modus*¹⁶.

Si pensamos que estas bellas palabras fueron pronunciadas hace más de dos mil años, y antes del cristianismo, encontraremos quizá que nuestra civilización desde esa época ha hecho menos progresos de lo que nos gusta creer o afirmar.

§ VII. La realización de la *humanitas* en el Imperio romano

Es verdad que esto son sólo palabras y que falta por saber qué fue de ellas en la práctica.

Hay que reconocer que los romanos no hicieron la conquista del mundo sin cometer injusticias, violencias y crueldades; la *humanidad* era para ellos un ideal más que una norma de la que nunca se apartaron. Pero, con todo, es hermoso para un pueblo tener un ideal y situarlo muy alto, a pesar del riesgo de no siempre alcanzarlo. La historia muestra, de hecho, que a menudo lo hicieron realidad con las limitaciones esperables y que es una de las principales razones que explican que hayan podido conquistar un imperio tan vasto y conservarlo durante tanto tiempo.

Podemos preguntarnos, en primer lugar, por qué les cupo en suerte a ellos antes que a otro pueblo. Parecería que habría debido corresponder a los griegos, que los aventajaban en tantas y tan grandes cualidades y de quienes precisamente les venía la noción que habían denominado *humanidad*. Los griegos parecían mucho mejor dotados que los romanos para reunir en torno a ellos a los pueblos. Desde siempre ejercieron

¹⁶ Todos estos bellos preceptos se hallan, sobre todo, en la última obra de Cicerón, el *De los deberes*, libro I, 2 y 3, 11.

un atractivo singular sobre todos aquellos que los conocieron; era imposible tener relaciones, incluso pasajeras, con ellos sin convertirse en sus admiradores y discípulos. La cabalgada de Alejandro a través del Oriente quedará siempre como un prodigio inexplicable. Le bastó atravesar con un reducido ejército naciones de cuya existencia apenas se tenía noticia para dejar allí una huella que no se ha borrado jamás. La mayoría de ellas, sólo con este breve contacto, se hicieron griegas, y muchas no han dejado de serlo. Es verdad que Occidente se mostró más refractario. Grecia, sin embargo, lo abordó desde distintos frentes; desperdigó sus colonias por casi todas las costas del Mediterráneo. Conquistó el sur de Italia y Sicilia; se asentó en la desembocadura del Ródano y en algunas plazas de África; pero ahí, fue sustituida por Roma, aunque se había adelantado a ella, y en los propios países donde dominó durante más tiempo y en diversas ocasiones, dejó poca huella.

Una de las razones que sin duda impidió a los griegos conservar en ciertos pueblos una influencia duradera es que no se aplicaron lo suficiente a cohonestar sus acciones con sus doctrinas. Ofrecían muy bellos preceptos, pero bastante malos ejemplos. Por ceñirnos a lo que nos ocupa, era de directa procedencia socrática el verso célebre de Terencio:

Homo sum, humani nihil a me alienum puto.

Séneca decía que debería estar en todos los corazones y en todas las bocas. Los griegos que la escribían en sus libros, la tenían alguna vez en la boca, pero es seguro que no estaba en su corazón. De entrada el extranjero, el bárbaro como lo llamaban, no era un hombre para ellos. Aristóteles piensa que uno se puede permitir todo con él, e incluso considera que se le hace un favor obligándolo a obedecer, puesto que es incapaz de gobernarse a sí mismo. Platón cree ser muy generoso cuando distingue entre la guerra y lo que él llama la discordia. Cuando se combate contra un extranjero, eso es la guerra; la lucha entre griegos es simplemente la discordia. En la guerra, todo está permitido; se pueden quemar las casas, devastar los campos, reducir sus habitantes a la esclavitud; Platón no ve aquí ningún impedimento: se trata de bárbaros. Hay que ser un poco más mesurado cuando se trata de una simple discordia, es decir, cuando los que están enfrente son griegos; entonces hay que contentarse con llevarse la cosecha del año y no se deben hacer esclavos. Pero estas tímidas reservas rara vez

fueron respetadas. Los griegos, que estaban en lucha de continuo, sólo luchaban entre sí, y las luchas entre hermanos son, como es sabido, las más implacables de todas. No se reconocía ningún otro derecho más que el derecho del más fuerte. Los atenienses habían hecho de él un principio que aplicaban sin distinción a todos sus enemigos ya fueran griegos o bárbaros. «Cuando las fuerzas son desiguales, decían a sus vecinos de Melos que les imploraban, la justicia es inútil; el más débil debe ceder». ¡Qué lejos estamos aquí de la idea de *humanidad*! Polibio relató las últimas luchas de Grecia; es una historia lamentable, y nunca se cometieron más atrocidades. No hablo ya de la crueldad de las masas: las masas en todas partes son cobardes y feroces, y nosotros hemos visto, en plena civilización, espectáculos que recuerdan el que ofreció Alejandría, cuando el populacho ebrio de sangre descuartizó a Agatocles y a todos los suyos. También los jefes, como Nabis, en Esparta, o Filipo, en Macedonia, que habían podido frecuentar a los grandes filósofos y escuchar las obras de Eurípides o de Menandro, inventaban castigos que estremecen para sus enemigos, o para aquellos que creían que lo eran. Tenían como principio que, cuando se mata a alguien, no hay que dejar vivo a ninguno de los suyos que pueda vengarlo, y exterminaban a toda la familia. Evidentemente esta manera de comportarse enfrió las simpatías que se habían ganado los griegos y comprometió la admiración que producían por doquier las obras maestras de su arte y de su literatura.

En Roma, no había nada parecido. Desde luego su raza era tosca, sus leyes muy severas, la familia rígidamente organizada, mujer, hijos, servidores bajo la mano del padre y sometidos a dura disciplina. La primera impresión de esta ciudad grave, dirigida por una aristocracia solemne, más entregada al trabajo que al placer, distaba de ser tan atractiva como la de Atenas donde, según Bossuet, «las fiestas y los juegos eran continuos, donde el ingenio, donde la libertad y las pasiones ofrecían todos los días nuevos espectáculos» pero, al menos, no encontramos allí tantos ejemplos de ferocidad como los que Grecia nos ha ofrecido con demasiada frecuencia. En el fondo, las costumbres eran más suaves de lo que pudiera parecer. Por ejemplo, los romanos se jactaban de haber disminuido la severidad de los castigos, que es una de las vergüenzas del mundo antiguo. «No hay nación —dice uno de sus escritores— que muestre más indulgencia que nosotros en el castigo de los culpables»¹⁷, y es verdad.

¹⁷ Tito Livio, *Ab urbe condita* IV, 9.

No olvidemos que Roma fue la primera en abolir la pena de muerte en el ámbito político. Polibio quedó muy sorprendido al ver, cuando llegó allí, que un ciudadano, acusado de un crimen capital, tenía el derecho, mientras se deliberaba, de abandonar tranquilamente la ciudad; en tanto que quedara una tribu sin haber dictado su veredicto, podía sustraerse al castigo mediante el exilio. Los romanos pasan por ser los más belicosos de todos los pueblos y sabemos que, efectivamente, el templo de Jano casi nunca estuvo cerrado. Ahora bien, parece, por ciertos indicios, que no siempre resultó fácil arrancar de sus granjas y de sus campos a este pueblo de labradores para lanzarlos contra sus vecinos y que padeció la guerra con mayor frecuencia que la buscó; pero una vez que había empezado, la llevaba adelante con energía. Su mano se abatía pesadamente sobre aquellos que se le resistían, y cuando creía tener que lidiar con enemigos que nunca aceptarían su dominio, los trataba sin piedad: destruyó casi al mismo tiempo Cartago, Numancia y Corinto. Como estos campesinos tenían prisa por regresar a sus hogares y tenían como principio hacer las paces sólo tras salir victoriosos, empleaban todos los medios para vencer lo más rápidamente posible. Después de todo, esos medios eran aquellos de los que la Antigüedad se sirvió por todas partes sin escrúpulo y a los que las naciones modernas no han renunciado del todo. Pero después de la victoria, su manera de actuar cambiaba. Normalmente no se les sigue ya, no se les estudia, no se les admira más que mientras están librando el combate. Es un error: es, una vez ganado este, cuando más importa verlos en acción.

En primer lugar, y desde sus primeras empresas militares, advertimos que, contrariamente a las costumbres de las naciones antiguas, dejaron vivir a los pueblos que habían vencido. Es cierto que al principio, al menos, estos pueblos eran itálicos, esto es, hermanos; pero ya se vio que este miramiento no detuvo a los griegos que parecían tratar peor a los enemigos cuando eran de su misma sangre. Roma no sólo no exterminó a los suyos después de su derrota, sino que ni siquiera los redujo a ser súbditos; hizo de ellos aliados, y estos les ayudaron a vencer al mundo. Las antiguas enemistades pronto fueron olvidadas. En el elogio entusiasta que Virgilio hizo de los pueblos de la vieja Italia, aquellos de los que exalta sobre todo su valor, a los que llama raza de héroes, «los marsos, los sabinos, el ligur acostumbrado a las penalidades, el volsco de afilado dardo» [Virg. *Geórgicas* II 167] son precisamente los mismos que obstaculizaron durante más tiempo el triunfo de Roma. En lugar de recordar el daño

que le infligieron, ensalza su valor que tanto la hizo sufrir. Después de la conquista de Italia ya estaba hecho el experimento; los romanos tenían demasiado sentido común para no aprovecharse de ello. Desde entonces se decidieron a aplicar por doquier el método que les había resultado tan bien. Recurrirán lo menos posible a guerras de exterminio: despiadados durante la lucha, serán clementes después de la victoria. «Ahí radica —dice Cicerón— el fundamento de nuestro dominio; lo que ha llevado tan lejos los límites de nuestro imperio»¹⁸.

Una vez terminada la conquista, la obra no había hecho más que comenzar; quedaba por realizar lo más importante. A estos pueblos, que acababan de ser sometidos y habían sido perdonados, había que ganárselos y conseguir hacer de ellos un solo pueblo. Se han expuesto a menudo los procedimientos de los que se sirvieron los romanos y que obtuvieron un éxito tan magnífico, creo inútil volver sobre ellos. Sólo recordaré aquellos donde se halla directamente la influencia de la *humanidad*.

En primer lugar, trajeron a los vencidos una civilización superior: un vencedor no tiene un medio más seguro de legitimar su victoria. Hemos visto cómo tenían esta civilización gracias a Grecia y el modo en que se la habían apropiado. Había perdido, ciertamente, al pasar de un pueblo a otro; y, sin embargo, me pregunto si, con la nueva forma que había adquirido, no convendría mejor aquellos a los que iba destinada. Eran de natural inteligente, pero todavía demasiado poco instruidos; la finura, la sutileza, la gracia, todas las perfecciones del espíritu griego podían escapárseles. Hacía falta, como dice madame de Sévigné, «adensarlos» un poco, para que fuera posible que estos ignaros se apropiaran de ellas. Así presentadas, pudieron comprenderlas y disfrutarlas desde el primer momento. Penetraron no sólo en España y la Galia, sino también en África, frente al desierto, en Tréveris, en Colonia, a pocos pasos de la barbarie germánica. La pasión que estos países lejanos testimonian por las letras latinas no era sólo un halago hacia la ciudad dominadora. Había en ello más sinceridad de lo que estamos tentados de creer. Los romanos no impusieron su civilización al mundo; el mundo vino a ella. Recordemos que las escuelas de gramática y de retórica, que hicieron tanto por su expansión, no fueron fundadas directamente por la autoridad romana; en esta época, el Estado no se había hecho, como en nuestros días, con el

¹⁸ *En defensa de Balbo*, 13. [*Illud vero sine ulla dubitatione maxime nostrum fundavit imperium et populi Romani nomen auxit*].

monopolio de la enseñanza, dejaba hacer a las ciudades y se contentaba con favorecer a los maestros reconociéndoles algunas distinciones y ciertos privilegios. Eran aquellos que iban a aprovecharse de sus lecciones, es decir, los habitantes de los países vecinos, quienes los reclamaban y les pagaban. Incluso esta difusión de la lengua latina en todo el mundo occidental, que resultó tan ventajosa para Roma, parece que llegó sin necesidad de ejercer coerción alguna. A pesar de la famosa frase de san Agustín, en *La ciudad de Dios*, yo no creo que tuviera que tomar medidas rigurosas para imponer su lengua a los que soportaban su dominación. Se limitó a exigir de ellos, cuando les concedía el derecho de ciudadanía, que se sirvieran del latín en los actos oficiales, lo que era de justicia. Pero, en las relaciones privadas, eran libres de hablar como quisieran. No vemos que proscribiera los idiomas populares y muchos de ellos le sobrevivieron incluso. Ni por un momento tuvieron la idea de obligar a los griegos a hablar latín; Mommsen llama la atención sobre el hecho de que estuvieron tan lejos de tratar su lengua como enemiga y de intentar restringir su uso que fue bajo su dominio y con su ayuda cuando se extendió por regiones donde no era conocida, por ejemplo, por el Mar Negro y a lo largo de las fronteras orientales¹⁹. ¿No es esta la prueba de que Roma no tenía por principio, como se ha pretendido, suprimir las demás lenguas para sustituirlas por la suya? Y, si este resultado se produjo en una parte del mundo, si muchos de los pueblos que venció adoptaron tan fácilmente el latín y no lo olvidaron nunca, ¿no será lícito concluir que es porque lo hicieron por propia iniciativa y sin ser obligados a ello?

Con la civilización, Roma traía la paz: no hay beneficio al que los pueblos sean más sensibles. Acabamos de ver que Cicerón pedía que no se hiciera la guerra más que para lograr una paz equitativa y duradera. Este era, en el fondo, la forma de pensar de los romanos. No eran, tanto como se cree, guerreros por naturaleza que buscaban suscitar conflictos para tener alguna excusa para resolverlos por las armas. Conservaron estas ideas incluso en los momentos de mayor fortuna. Sus éxitos no les hicieron perder la cabeza. Habían levantado un altar a la diosa Fortuna del día presente (*Fortuna huiusce diei*) para mostrar que no hay que confiar demasiado en las circunstancias favorables

¹⁹ El último volumen de la *Historia de Roma* de Mommsen, donde estudia el estado de las provincias bajo el Imperio, incluye noticias de lo más curioso sobre el tema que trato. Fue muy bien traducido por los Sres. Cagat y Toutain, y forma los tres últimos volúmenes de la edición francesa.

y que el día de mañana puede arrebatarnos lo que nos ha traído la víspera. Tras las tormentas en las que naufragó el gobierno republicano, la paz se convirtió en el sueño y la esperanza de todo el mundo. Los poetas se adelantaron a cantarla para responder a los deseos del público. Horacio canta el día en el que el labrador podrá plantar su viñedo, despreocupado, y guiar sin temor sus bueyes por los campos, cuando los buenos ciudadanos, tranquilamente sentados en torno a la mesa familiar, con sus hijos y su mujer, festejarán juntos a los dioses de la patria²⁰. Este era el ideal de todos los romanos y el nuevo régimen fue acogido tan favorablemente porque prometía hacerlo realidad. Ahora bien, para que Roma pudiera disfrutar de la paz, era necesario que empezara por darla al mundo. Era consciente de que la más mínima agitación que soliviantara el Imperio la forzaría a tomar las armas y alteraría su sosiego. Era, pues, una necesidad para ella, si quería vivir en paz, procurar primero la tranquilidad de todos aquellos que vivían bajo su dominación. La tarea era doble; tenía que defenderlos frente al enemigo exterior, los germanos, los escitas, los partos, lo que conseguía sin demasiado esfuerzo con las legiones acampadas en la frontera y gracias al espíritu militar que conservaron hasta el final. La paz interior era más difícil de establecer y conservar. Era necesario unir a pueblos vecinos y enemigos, siempre dispuestos a reavivar las viejas disputas, hacerlos vivir juntos, obligarlos a soportarse, imponerles el hábito de vivir en paz, *pacis imponere morem*²¹. Virgilio acierta al glorificarla por haberlo conseguido considerando esto como una de sus más preciosas victorias. Quedamos maravillados al ver cuán rápido y completo fue su éxito. Recordemos que una guarnición de 1 200 hombres en Lyon, con algunas milicias municipales, bastó para asegurar la paz en las Galias durante varios siglos.

Es lo que llamamos la «paz romana», que el mundo disfrutó sin demasiadas interrupciones hasta casi final del Imperio. Tomada en su conjunto, fue una de las épocas más felices de la historia. Aunque no sea habitual estar satisfecho de los tiempos que nos toca vivir, las gentes de entonces parecían felices con su vida, y lo dicen sin ambages en las inscripciones que nos han dejado. En los monumentos que levantaron, celebran con efusión a una divinidad a la que llamaban *Felicitas temporum* y no veo razón alguna para pensar que las honras que le rinden así como las acciones

²⁰ Horacio, *Odas* IV 5.

²¹ Virgilio, *Eneida* VI 853.

de gracias que dirigen a los príncipes a quienes creen deber esa felicidad, no fueran sinceros. En realidad, la victoria de Roma no les quitó nada que pudiesen echar mucho de menos. Se respetó su religión, se evitó ofender sus costumbres, se honró su pasado²²; conservaron su régimen municipal al que concedían más importancia que a todo lo demás. Incluso su sentimiento nacional, cuyos vínculos estaban ya tan relajados antes de su derrota, no desapareció ni renunciaron del todo a él al hacerse romanos. Por el contrario, Mommsen ha demostrado que en algunos países, donde este apenas existía, fue Roma quien en verdad lo creó. Ella dio un centro a Grecia, del que había carecido siempre, mediante la creación de la *anfictionia*, y en torno al altar de Lyon, en la celebración de las fiestas Augustales, la Galia tomó conciencia de su unidad. La paz beneficiaba a todo el mundo. De la prosperidad pública dan testimonio los suntuosos monumentos levantados a costa de los municipios, que todavía se conservan. Las clases altas cultivaban las letras que Roma les había enseñado y estaban orgullosas de iniciarse en las costumbres de la civilidad romana. El gran espectáculo del mundo unido y bajo la misma autoridad causaba admiración a las personas cultivadas. Los más brillantes de entre ellos, conocedores de la filosofía griega, pensaban en esa ciudad universal soñada por los sabios que debía albergar a la humanidad, y les parecía que nunca se había estado tan cerca de realizarla. Las calamidades del Imperio, hacia fines del siglo IV d. C., no consiguieron apartarlos de esta idea. Parece, por el contrario, que nunca comprendieron mejor ni mejor expresaron los beneficios de la dominación romana que en el momento en el que se vieron amenazados con perderlos. Mientras Alarico se preparaba para marchar contra Roma, Claudiano, un alejandrino de origen, escribía estos versos admirables en los que nos la muestra dando calor a los vencidos sobre su pecho y uniendo bajo el mismo nombre a todo el género humano:

*Haec est in gremio victos quae sola recepit
Humanumque genus communi nomine ponit*²³

²² Plinio el Joven, *Cartas* VIII 24. Esta bella carta nos muestra cómo la buena gente quería que se tratara a las provincias.

²³ *Contra el segundo consulado de Estilicón*, 150.

Acababa de ser tomada y saqueada, cuando Rutilio Namaciano, un galo del sur, que regresaba precipitadamente a su país amenazado, la saludaba todavía diciéndole con una emotivo reconocimiento

*Urbem fecisti quod prius orbis erat*²⁴

Un poco más tarde, cuando las cosas habían empeorado todavía más, y los germanos habían ocupado Italia, España y África, el hispano Paulo Orosio no se resigna a creer que todo se haya perdido sin remisión. Sin decirlo expresamente, imagina que los pueblos que han vivido durante tanto tiempo bajo la dominación romana no podrán olvidar esto jamás y que, incluso cuando sean desgajados los unos de los otros, este recuerdo creará un lazo entre ellos y como un parentesco en el que se reconocerán. Espera que, si el *Imperium Romanum* está condenado a desaparecer, no acabará del todo, que sobrevivirá algo en las naciones separadas y que todavía formarán parte de lo que se llama la *Romania*.

§ VIII. La *humanitas* romana: fundamento de la civilización occidental

353

Orosio no estaba equivocado. El Imperio romano ya no existe desde hace quince siglos, y los intentos que se han hecho para restaurar su grandeza han fracasado. Pero la *Romania* no ha desaparecido del todo y en casi todas las naciones de la Europa meridional se encuentra algo de Roma. Por eso son llamadas habitualmente las razas latinas.

Este nombre está mal puesto. Los fisiologistas, que miden el tamaño de los huesos, la conformación de los cráneos, el color de la piel, no tienen dificultad en probar que todos esos pueblos que se agrupan bajo el mismo nombre no forman una raza única y pertenecían originariamente a países diferentes. En la Antigüedad misma, se distinguía entre ellos a ligures, celtas, iberos; luego, se añadieron los godos, los vándalos, los francos, los escandinavos, etc. No existen, propiamente hablando, razas latinas, hay pueblos que han vivido durante mucho tiempo bajo la dominación romana, y que conservan su huella, hijos adoptivos, que llegaron a Roma desde todas

²⁴ *Itinerario [gálico]*, 65.

las partes del mundo, que ella reunió en torno a sí, a los que alimentó, formó, y que llegaron a ser con el tiempo sus hijos legítimos. La ciencia de nuestros días ha exagerado la influencia de la raza en el carácter de los individuos y de los pueblos. Los argumentos fisiológicos no lo explican todo; existen otros que no tienen menos importancia. Una educación similar, la costumbre de vivir juntos, la lectura de las mismas obras, la admiración por los mismos escritores, pueden crear a la larga entre los pueblos de origen diverso una mentalidad común que deviene en una segunda naturaleza. ¿Acaso no es lícito decir que en una Grecia, desgarrada por tantas facciones, dividida en tantas ciudades envidiosas y enemigas, la unidad sólo se logró en torno a Homero?

En este momento, parece existir una opinión negativa hacia las naciones latinas. Se les hacen grandes reproches, y aunque son acusadas por lo general de tener una opinión demasiado complaciente de sus méritos, repiten con una singular satisfacción las críticas que se les hacen. Para hablar aquí únicamente de Francia, mientras que los adoradores del éxito sólo tienen elogios para Alemania y nos humillan al compararnos, los que regresan de un viaje por América, con la cabeza todavía aturdida por el movimiento de las masas, el ruido de las máquinas, la actividad de las fábricas y de los mercados, no dejan de proponernos el ejemplo de los anglosajones. Todos muestran una condescendiente lástima por esas cualidades de las que tenemos la vanidad de enorgullecernos, y que Europa ha tenido durante mucho tiempo la debilidad de envidiarnos, y tratan de mostrarnos, para curarnos de ellas, que ya no están de moda. Tengo mis dudas, sin embargo, de que lo consigan. El mal es muy antiguo; sus raíces han crecido demasiado. Esas cualidades de las que se mofan y que pretenden corregirnos, advierto que son aquellas mismas que enumeraba al principio de ese trabajo cuando indicaba los sentidos diversos que se daba a la palabra *humanitas*; sobre todo, la preocupación por la cultura del espíritu, un amor ardiente por las letras, en el sentido en que las consideraban los romanos, las letras humanas, que se aplican a la vida, que tienen un carácter práctico y una trascendencia social. Esta forma de entenderlas y cultivarlas es lo que ha dado a nuestra literatura su mérito específico de poder convenir a casi todos los pueblos y de haberse convertido, por momentos, en una literatura universal. De ahí también nos viene que tengamos esa amenidad en las relaciones, esa cortesía que en otras partes intentan copiar; en fin, ese gusto por la vida

mundana que no se ha perdido del todo entre nosotros, incluso en este tiempo de democracia. Pues, si bien ya no tenemos salones como los de los siglos XVII y XVIII, que eran la admiración de Europa, destaquemos que somos todavía el país donde más gusta reunirse y charlar, donde más atención se presta a los placeres de la sociedad que Bossuet llama «el bien más grande de la vida humana». A estas cualidades exteriores y superficiales, que no deben desdeñarse, se añaden otras más importantes que los antiguos atribuían también a la educación, a los estudios liberales, al ejercicio de las letras; se trata de una cierta suavidad de costumbres que nos inclina a la indulgencia, a la simpatía hacia los otros, incluso cuando son enemigos; un fondo de generosidad del que nuestros adversarios se burlan, después de haberse aprovechado de ella y que para nosotros es, a la vez, un honor y una debilidad. Ella nos incapacita para esa perseverancia en el odio que vemos en ciertos pueblos, que sólo frenan sus venganzas después de haber apurado su resentimiento y saciado sus apetitos; ella nos enardece por las ideas y nos empuja a veces a empresas contrarias a nuestros verdaderos intereses, con tal de que nos parezcan justas y grandes. ¿No es esto, aproximadamente, lo que los antiguos entendían por *humanidad*?

Cuando yo estudiaba, quizás demasiado por extenso, cómo esta noción de *humanidad* llegó desde Grecia a Roma, de qué manera fue recibida allí, y el recorrido que siguió hasta el día en que los sabios le dieron formulación definitiva en sus obras, no escribía solamente un capítulo de la historia antigua. Nos hemos aprovechado, también nosotros, de lo que se hizo en esa época remota; Escipión Emiliano, Cicerón y los demás trabajaron para nosotros y tenemos que remontarnos hasta ese tiempo para conocernos bien; es allí donde hallaremos los orígenes de la civilización en la que vivimos; y estoy convencido de que si las naciones latinas quisieran elegir una palabra que expresara lo que tienen de más elevado en sus aspiraciones y resumiera las cualidades que las hacen aliadas y hermanas, una palabra que pudiera servir de divisa y de reunión en una entente común, no encontrarían otra más justa y más auténtica que la de *humanitas*.

